

H. Lar. Bon Rufino a. Llinas de.

San Juan. Abril 11 de 1864

Mi querido amigo.

Lamento que mi salud y mi espíritu
no se encuentren en aquellas condiciones
que yo necesito para escribir a Ud.; y sin
embargo, lo escribo, porque no quiero
faltarle en lo mas leve a la amistad
y las consideraciones que Ud. me merece
y que me complacen en guardarle religiosamente.

Manque en prision, en talento y en
inteligencia le permite a Ud. exponer, en
un rango de futuro, un cuadro completo
de grandes intereses y problemas políticos.

Indudablemente me perdería, si
entrara en el campo de regir a Ud.
con las obstrucciones que me supiere con
mi natural insuficiencia y la insensi-
bilidad consiguiente.

Con todo, pienso que vale la pena de una
sfénero de conversacion a que Ud. me
invite: mis opiniones, ya que no como
una variante al horizonte a que Ud. per-
sone al menos una necesidad de las que
se tienen en uno u los nebulosos este-
mos del pais a cuyo Gobierno Ud. con-
curre, extremos a que concederian po-
sitivamente llevar la vista de suando
en cuando.

Por que en Gobierno no es even-

do únicamente para Buenos Aires,
 el Pitorul y uno que otro punto aislado
 del mapa argentino.

Pertenece a nuestra historia
 las causas y los males que han traído
 una doble división a la República. El
 Arroyo del medio reparte, mas que
 el territorio a las Provincias, dos opi-
 niones, dos intereses que vienen abatiéndose,
 no desde Urquiza, a mi juicio, sino
 desde López y aun desde La Catedral.

La unidad y la federación, Bue-
 nos Aires (como se dice vulgarmente) y
 la Confederación, traen en lucha des-
 de 50 años atrás; y por desgracia, está
 visto que Buenos Aires no ha sido mas que
 un episodio de la vida.

El Gobierno de Buenos Aires, con-
cientemente para contribuir a la re-
pública de la República; pero en con-
tribuciones no es, no pueden con tribu-
tente, desde que la acción gubernativa
nacional tiene que hacerse a través
del fondo tanto que las distancias y otros
hace la presión de Buenos Aires la pre-
sion y la presión es fuerte.

El Gobierno nacional gobierna,
pues, y gobernará por el derecho que
se saca de las formas, pero no por la
fuerza de la opinión universal.

Ods. con unitarios; la confeder-
nación, en la mano de un solo go-
co federal, y nada se ha hecho, sin-
da se hace, para que destine de

informativo, y entre con plena voluntad en la marcha de la actualidad.

No me hable Ud., pues, de par ni de orden: la par es precaria, y ahora está doblemente aplazada por las dificultades propias de nuestra atravesada, y por la poca, por la ninguna iniciativa del Gobierno Nacional.

Periosto en mi tema es que la barbarie no se extingue, no se acalla por un lei o por un tiempo. Se reduce por la latina y mas o menos oficialmente; y Ud. no ha reducido un solo bárbaro, empeñando por mí.

De dónde, pues, espera Ud. la par?

Del ejército?

Pero los bárbaros como mas numerosos, mas fuertes, y el modo de la República es

estorbo para cuando se comencen tra-
tos de disyuntos que Vds. no les causen,
pero que no eviten ni corrijan.

Lo tengo por mí que la paz ge-
neral no sea un vacío agradable que
anuncie después un gran Pavor.

Se hacen, considerando los intereses
que allí chocaron, argumentando las
opiniones que allí se regaron con san-
gre, estéril por desgracia, y buscando la
reforma del gobierno hasta en el último
rincón de la República.

Veamos, mis queridos amigos, batallamos
con absoluta franqueza.

Pavor está por tierra todo un partido
creado en el Poder, a la vez que tiene un
corresponsable en otro mano igual

o mayor de hombres, con sus aspiraciones,
sus necesidades y sus pasiones.

¿Qué han hecho Vds. para au-
dir a esa lepra en toda reacción?

¿Sabían Vds. siquiera lo que es, lo
que desean encontrar hombres ajenos.
Tan bajos el nivel a que Vds. se han ele-
vado?

Vds. están en Buenos Aires, gober-
nando en Buenos Aires, ante la crítica
de Buenos Aires, según las exigencias,
según el gusto de Buenos Aires; y del res-
to de la República.

Oh! pero eso no vale nada! Basta
Sanders, Trarín, Abul, los legos y
unos cuantos truanes para que se res-
taigne la corriente o se mantenga

bajo el pie' a los caballos fuertes.

Vd. se va enfadando conmigo;
así lo entiendo, y lo sentiré grandemente; porque amo su estimacion.

Pero, ¿qué hacerle?

Digo únicamente lo que pienso, lo que siento una porcion, demasiado considerable de hombres, que no son ni vienen de Buenos Aires.

Vd. contestará que soy enemigo de ese pueblo.

Error, amigo mío: lo quiero tanto que llegaría hasta el delirio de una conquista para retenerlo en la nacion. Pero más que nada, antes que nada, quiero la nacion, y veo, palpó que la nacion existe, políticamente hablando, porque todavia no ha trascursi-

de bastante tiempo para que se desarrolle
el poder de afinidad que tiene consigo
una victoria; y triunfos al fin, quitan
murmuras distantes, en que los hombres
vean y se entiendan en sus pasiones
y sus aspiraciones.

Por ejemplo, guerra de crónicas.

Vds. cuentan con San Juan; pero
han olvidado que todo se cultiva para
que produzca y aun para que entristezca.

Nuestro Carmine, que lo he dicho,
no ha enojado a San Juan en cuanto
sus disparejos no han podido ser
envidados.

Hoy, San Juan vive a su día.

¿No quiere a la aranguina?

Per la aranguina lindante con

la montonera, temiendo o esperando
un allan.

Sigue Ud estudiando la serie
de caseros que llamamos Provincias;
estudia Ud. esa miseria social que llaman
el novintismo en la República Argentina; exa-
mina el pueblo que Ud. gobierna, y dígame
en seguida entre qué reforma lo tiene.

Algunas instituciones bien alto Gelly
contaminan que él corrigiera por
acá la acción nacional en un caso.

Requiere la conciencia y la confianza; pues
qué la importa todo esto a S. C.?

Alta está la barrera, alta está
Griffra, y bastará.

Comunido, pues: pero entonces no
esperen por yá que yá de ahora en

de esos que agitan y derrocan a otros cuando
quieren perderlos a los puertos, como
a capitanes en retiro.

¿Estas políticas de fear, mi amigo?

Así se reducen proclamações mas mi-
nos hostiles?

No me hables, pues, de fear, ni me hables
con órdenes.

La fear es el elemento del temor, no
es la incertidumbre del aterrador, y el hombre jamás
enfrenará, ni el tiempo se gobernarán con batallas.
Los ejércitos modernos en los países cambian el
mando militar por el político.

Repito a Ud. con sentimiento que yo
recomiendo toda la acción nacional al ex-
traordinario último año a lo que ha hecho
en Buenos Aires, por Buenos Aires.

para Buenos Aires.

¿Cree Ud. que en Buenos Aires
mantendrán el voto a la República si
quiere en las elecciones bálticas?

¿Se contenta Ud. con esa parte?

¿Cómo ha un gusto más! Es Ud. hom-
bre de corazón y le sobra talento para
gobernar al fabricante de esa política.

Me gusta encontrar a un hombre
ideal, con tales impresiones, en vi-
sion de ir a ocupar en el Congreso
un puesto que merece merecer y llevar
la esperanza de que hombres de ta-
lante como Ud. me arrancarán esas im-
presiones.

Entretanto, siempre así a Ud.
afecto amigo

(F. de R. Rojas)